



LAURA
ANGUERA
**CUANDO
MI MANO
BAILABA
EN SU
ESPALDA**

LAURA
ANGUERA
ARMENGOL

Cuando
mi mano bailaba
en su espalda

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Laura Anguera Armengol, 2025

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-13-9

Depósito legal: M. 13.259-2025

Printed in Spain

Para Joan
Por todo, sin excepciones

TODO EMPIEZA CON UN ABRAZO

Hace catorce años, una desconocida me preguntó:

—¿A vos nunca te dijeron que parecés cincelado para tanguear?

Y yo, que por entonces me preciaba de ser hombre de respuesta vivaz e ingeniosa, no supe qué contestar. Reconozco que, más que la pregunta, lo que me dejó mudo fueron esos ojazos negros, que relampagueaban bajo las puntas de un flequillo igual de oscuro. Aquella chica apoyaba su cuerpo atlético en la pared, en el salón de una casa que no recuerdo de quién era, en una fiesta a la que tampoco sé quién me invitó. La miré de arriba abajo, lentamente; si ella jugaba a ser desvergonzada, yo también. Aguantó mi escrutinio con una sonrisa provocativa, la espalda erguida y el mentón alzado. Creo que ni siquiera pestañeó. Me atrajo al momento; no solo era guapa, también era interesante. Esa clase de mujer que deseas coger de la mano y arrastrarla fuera de la maldita fiesta, tenerla solo para ti. Pero no lo hice.

—La verdad es que no he bailado un tango en mi vida —dije al fin, sin chispa alguna, casi pidiendo disculpas.

Por toda respuesta, las perlas azabaches me devolvieron la mirada escrutadora, como si estuvieran valorando la posibilidad de redimirme. La chica dio un último trago a su copa, la

dejó sobre una repisa e hizo exactamente lo que, un instante antes, yo no me había atrevido a hacer: me cogió de la mano y tiró de mí hasta la calle. Era argentina y se llamaba Mariela. Había cruzado el Atlántico para cursar un máster y decidió quedarse en España. Era divertida y chisporroteaba de alegría, como una bengala verbenera. Pasamos juntos esa noche, en su piso —que compartía con una amiga— porque me acordé a tiempo del desorden en que estaba sumido el mío. A la mañana siguiente, antes de irme, le dije que la invitaba a cenar cuando quisiera.

—Dale, el miércoles —me respondió sin mostrar emoción ni sorpresa, como si lleváramos ya tiempo saliendo y quedar fuera de lo más habitual—. Cenamos y luego me acompañas a un sitio.

Un sitio, dijo, sin darme más pistas, y yo tampoco se las pedí. Me daba igual donde fuéramos con tal de ir con ella. Así fue como el miércoles siguiente entré por primera vez en la milonga de la Red Kisses. De la mano de Mariela, claro. Porque desde esa noche y durante nueve años me llevó de su mano, hasta que un mal día me la soltó. Esa primera noche también me arrastró hasta la pista, aunque intenté resistirme.

—Oye, que no sé bailar, en serio...

Y era cierto, yo bailaba lo justo para salir medio airoso en bodas y otros festejos, nada que ver con los movimientos complejos y elegantes que se enlazaban en la milonga. Nervioso como estaba, convencido de que todos iban a reírse de mí —Mariela la primera— fue entrar en la pista y ponerme a dar pasos sin ton ni son. Ella, claro está, me detuvo.

—Esperá —me dijo suavemente—. El tango empieza siempre con un abrazo.

Y se acercó más a mí, puso sus brazos alrededor de mis hombros, noté sus manos en mi espalda. Sentí su respiración,

su cuerpo contra el mío. No nos movíamos, solo nos acomodábamos el uno al otro. Acercó sus labios a mi oído y me explicó que el abrazo no es solo al inicio, sino que ha de mantenerse durante todo el baile porque el tango es, en esencia, un abrazo en movimiento. Con tono de entendida en la materia, me aseguró que si entre la pareja hay un vacío, si ese espacio entre ambos pechos no se llena de deseo —aunque sea pasajero y se desvanezca con la última nota del bandoneón—, da igual lo que los bailarines hagan: por muchos cortes, quebradas y firuletes que encadenen, habrá solo pasos, movimientos, pero no un verdadero tango. Esa fue su primera lección. Yo no sabía aún lo que eran los cortes, las quebradas ni los firuletes, pero ese inicio me pareció demasiado prometedor como para no continuar. Si el asunto iba de deseo, en esa pista yo podría dar el do de pecho.

Y dado que soy de naturaleza adictiva, empecé a engancharme a los tangos, aunque fingía protestar cuando los miércoles por la noche Mariela me obligaba a acompañarla.

—Vos no bailés si no querés —me respondía mientras entrábamos en el local—, pero aguantá un rato, que yo bien que me trago tus fiestecitas.

No solo aguanté: por ella incluso fui a clases y aprendí a bailar. Y seguí yendo a la milonga después de que Mariela me dejara, después de que se fuera a Miami y se llevara al niño. Seguí yendo incluso después de que se casara con un yanqui y yo perdiera toda esperanza de recuperarla. Seguí yendo pese a que ya nadie se tragaba mis fiestecitas, ni siquiera yo. Es más, creo que fue justo tras su marcha cuando de verdad empecé a amar los tangos, quizá porque sus letras tristes, de amores rotos y abandonos, hacían juego con mi alma. Me resultaba imposible soportar la música si no iba acompañada del quejido amargo del bandoneón. Bailar la melanco-

lía: eso es tanguear. Por eso dicen que es el único baile en que no queda bien sonreír.

—Yo que vos lo dejaría una temporada —me decía Waldo, el organizador de la milonga, los primeros miércoles que acudí solo—. Ahora necesitás algo con menos recuerdos y más alegría, no sé... ¿Por qué no probás con la samba?

Yo no quise escucharle, claro. Waldo es un tipo extraño; necesariamente ha de serlo para que se le ocurriera organizar una milonga en una vieja discoteca de barrio. Porque eso es la Red Kisses: un local pequeño y tan antiguo que se inauguró en los setenta con el título de *boîte*, y que hoy se resiste al declive de un pasado que nunca fue gran cosa. Poco ha cambiado en cincuenta años: la misma pista rodeada de sofás de escay, la barra de falsa madera al fondo, algunos espejos y poca luz, que es lo que buscaban las parejas entonces para hacerse arrumacos. En recuerdo de aquellos tiempos, sobre la pista pende aún la gran bola de centellantes cristales a modo de blasón. Tampoco ha variado mucho la música: durante el fin de semana compagina éxitos discotequeros del siglo pasado con una sucesión de lentos; así su clientela cree revivir su juventud. Una clientela que no da para más sesiones que las del viernes y sábado noche, y que no gasta lo necesario en consumiciones como para tener el tugurio abierto. Para mantenerlo a flote, hace ya unos años el dueño decidió alquilarlo: los jueves, a unos cubanos que dan clases de salsa; los miércoles, a este bonaerense añorado de los tangos que es Waldo. Un buen tipo, aunque cuando está sobrio le cueste admitir que yo, que nací lejos de Argentina, bailo como si hubiera dado mis primeros pasos en las adoquinadas calles de San Telmo. Pero en cuanto se ha tomado dos vodkas se le suelta la lengua y, mientras me palmea la espalda, proclama a gritos que tengo estampa, elegancia y compás, y que si los dioses no se hubieran confundido y yo hubiera nacido donde

debía, habría podido ser un nuevo Ovidio José Bianquet, o un Antonio Todaro, o el sucesor del gran maestro Copes. Sé que exagera, pero me da igual. En esta milonga soy la estrella, el rey de la pista, la pareja con la que todas desean bailar.

En la Red Kisses es fácil verme: soy alto y mi cabeza suele sobresalir entre los otros bailarines. Delgado pese a la incipiente barriguita, pómulos marcados, ojos castaños y labios finos que sonríen poco, como manda el tango. Pelo negro, aún sin canas, peinado hacia un lado salvo por un mechón rebelde que se curva sobre mi frente, como una oscura luna en cuarto menguante. A mis cuarenta y seis años, dicen que conservo mi atractivo, pero yo sé que hay excesos que dejan rastro en el físico y en el alma. Aun así, a veces cuando bailo me detengo bajo la bola de cristales e interrumpo el movimiento durante unos segundos, como si fuera una escultura. Lo hago porque, pese a todo, me gusta recordar ese primer encuentro con Mariela en que alabó mis hechuras para el baile, aunque a mí suelen entrarme las dudas.

—¿Tú crees que a mí me cincelaron para tanguear, Waldo?

—Yo no sé... Mirá, no te ofendas, pero creo que esa mina exageró un poco, la verdad.

Hay otras milongas en la ciudad. Podría bailar en una distinta cada noche, si quisiera. Pero no, yo solo bailo aquí, los miércoles. Y lo reconozco: si en algún lugar me siento seguro de mí mismo, a gusto en mi compañía, es en la milonga de la Red Kisses. Esta pista es mi pequeño reino, no sé si estaría cómodo en otra. Conozco a la mayoría de habituales, aunque no hago amigos —salvo Waldo— y vengo solo. No es problema: en la sala siempre hay más mujeres que hombres. Ellas me miran —algunas de reajo, otras sin disimulo— y sé que quieren bailar conmigo. Y yo, magnánimo, distribuyo tiempo y sonrisas, como un monarca de antaño repartiendo dádivas. Pero nunca

más de una tanda¹, solo cuatro tangos seguidos con la misma pareja. Esta es la norma: la primera pieza es para conocerse, para perder la turbación del primer contacto; con la segunda se coge confianza, se diluye esa tirantez con que se abrazan dos cuerpos extraños, se acoplan los pasos; las dos últimas son para, simplemente, disfrutar bailando. Pero no conviene alargarlo con una nueva tanda, no hay que caer en el acomodo y, además, se perdería la excitación de un nuevo abrazo.

Durante esas horas en que estoy en la pista, la Red Kisses no se me antoja rancia ni trasnochada; quizá sea porque todos los reyes tenemos apego a nuestro palacio, por muy desvencijado que esté. Pero cuando se acaba el baile y enmudecen D'Arienzo, Sosa y los viejos discos, cuando Waldo enciende las luces de la sala, en ese preciso instante el local se avejenta de golpe: los cortinajes se ven marchitos, raída la tapicería de los asientos, se aja la madera del suelo, el aire huele a moqueta vieja y sobre las mesitas quedan, abandonadas, las copas vacías. También yo pierdo mi aplomo cuando dejo la pista, como en mis tiempos de actor, cuando me limpiaba el maquillaje y salía del set de rodaje dejando allí mi apariencia de galán impostado y las frases brillantes que alguien escribía para mi personaje.

Creo que no lo he dicho aún: yo soy actor. Trabajé en varias películas, un par de series, un culebrón de sobremesa... Pero de eso hace ya tiempo: justo empezaba a tocar el cielo cuando caí a los infiernos, un averno disfrazado de fiestas y excesos del que, para desesperación de Mariela, me resistía a salir.

¹ Turno de baile en una milonga y, por asociación, un conjunto de piezas musicales, generalmente entre tres y cinco, que se ejecutan en un turno. El estilo más común es tocar cuatro piezas en las tandas de tango, separadas por una «cortina» (periodo breve de tiempo en que se vacía la pista mientras suenan otros géneros musicales). En el caso de valsos criollos y milongas (variantes del tango), las tandas suelen ser de tres piezas.

Fueron noches de vino y rosas, aunque las flores se marchitaron pronto y las espinas se nos clavaron hasta los huesos. El vino, en cambio, lo empapó todo. Mis papeles fueron perdiendo calado y minutos de pantalla, mi caché se fue rebajando, mi teléfono dejó de sonar, mi nombre empequeñeció en los títulos de crédito hasta caer en el olvido.

Mi nombre es Víctor Senent, aunque eso ya poco importe. Aquí, en la pista de la Red Kisses, soy solo Víctor.